

CRONOFAGIA.

Dentro de la mitología griega, había elegido a Cronos como su deidad favorita. Le fascinaba el hecho de tener que comerse a sus hijos recién nacidos por temor a ser destronado por ellos.

Estudio relojería. Desde un comienzo acuñó la creencia que establecía, cual Cronos, que al engullirse un reloj, las horas que dejaba de funcionar se adicionaban a su tiempo de vida. (Nada desatinada, si se considera la promoción de acumular millas de vuelo para obtener millaje gratuito). Fue así cómo el adminículo, convertido en poderoso reconstituyente, formó parte de su dieta alimenticia.

Ya hombre, lucía espléndido; parientes y amigos elogiaban su fortaleza y salud. Pero, algo empezaba a molestarle. Se trataba de una pesadilla reiterativa en la que fallecía prematuramente. Para contrarrestarla decidió aumentar su dosis.

Cuando estuvo escaso de fondos planificó, hasta el mínimo detalle, el robo a una lujosa relojería (mismo comedor de cinco tenedores). La decisión le tomó algunos meses; después de todo, no era un cleptómano. Llevada a cabo, la operación fue un éxito: la policía nunca encontró al ratero.

Al día siguiente del hurto, su cadáver yacía en la Morgue Central. La autopsia dictaminó muerte por indigestión.

©Manuel Escalante